

viviendo en el campo, vió entrar un día á su arrendatario medio espantado.

—¡Ah! caballero, venid, venid por Dios, á prestarme ayuda, mi hijo acaba de romperse un brazo!

—Vamos, amigo mio, vamos, respondió el cirujano levantándose con la ligereza de un jóven; vamos pronto á curar á vuestro pobre hijo.

—Gracias, señor, contestó el paisano con la mayor buena fé; pero no era eso lo que quería, venía solamente á pedirnos el coche para llevarle á casa el *componedor*.

La ignorancia todavía llega á mas. Va uno con el brazo vendado á ver al Médico, refiere todos los incidentes de su caída, y quiere que le diga si tiene algo roto ó dislocado.

Le examina con la mayor atención, le hace ejecutar todos los movimientos articulares, y como no existe crepitación alguna, cree calmar su inquietud, anunciándole que no existe fractura ni dislocación.

—Pero Señor, replica el enfermo, no puedo mover los dedos á mi gusto.

—No importa amigo, no importa, eso no es mas que un efecto de la contusión y que se cura con unas cuantas lociones de agua blanca.

¡Oh desgraciada franqueza! El hombre á quien pensaba consolar, se torna mohino y contrariado, porque en su cualidad de médico nuevo creía podría tener el *don* del componedor.

—¡Vamos, vamos, murmura el doliente, ya veo que este no sabé mas que los otros y que ni ha conocido mi rotura!.... Creí ahorrarme el viaje y me equivoqué.

Y se va derecho á casa el componedor, que se admira, y no poco, de que un médico á quien *han dado estudios*, no haya conocido que el *gran nervio* de la mano estaba *aplastado* y el hueso del codo dislocado y *acaballado*.

Apesar de la inflamación, el componedor se apodera del brazo, le estria, le alarga y hace sonar la articulación con toda la fuerza de sus hercúleas manos. El paciente lanza un grito de angustia, y hace una contracción horrible.

—¿Habeis oído el hueso entrar? le pregunta el operador.

Una contracción mas amarga que la primera le sirve de respuesta, y el enfermo imaginario vuelve á su casa sino contento, satisfecho.

¿Y que le sucede al brazo martirizado?

Que se inflama hasta dejarlo de sobra; pero el componedor ha dicho, sufrid con paciencia y no le toqueis en ocho días.

Y el enfermo sufre hasta mas no poder, pero á veces no puede soportar el dolor, y arranca el aparato esponiéndose á que el miembro se gangrene.

Mas de una vez se ha visto esta terminación, pero el fanatismo es tan ciego, que ni los enfermos ni los que les rodean, confiesan jamás la ignorancia del componedor, atribuyendo las escaras gangrenosas á sangre mala que sale á la superficie.

El *horóscopo*, que habita generalmente en las ciudades, y al que el vulgo trae una botella que contiene el *destino potológico* de su mujer ó de su hijo, bajo la grosera forma de un líquido mas ó menos amarillo que llamamos *orina*, se halla sustituido hoy por la *sonámbula* y el *espiritista* que como él viven también en las ciudades. Estos curanderos imponiéndose á las familias aflijidas, impacientes y desconfiadas, tratan de ostentar su oropel apelando al mis-

terio y al fanatismo; rodeándose de una aureola de santidad y beatitud, que simulan ladinamente. No falta un santo ó una imájen á quienes deban su inspiración y la infalibilidad en sus operaciones.

No hace mucho tiempo fué un pobre hombre á consultar á una sonámbula por la suerte de su esposa enferma. Al llegar á la *casa de curación* encontrála llena de otros que, como él, iban á buscar la salud para sus familias (pues diz que goza la sonámbula de mucha fama), observando que todos eran objeto de las mayores atenciones por parte de un *ente* que hacia las veces de portero; llegando su amabilidad á *enterarse de la familia de cada uno y de las circunstancias que en ellas concurrían*. Nuestro hombre observó, además, que antes que él (y como había hecho con los demás) entraba el *hombre-portero* en la habitación á la que luego despues era llamado él; y presentando un gorro de dormir, prenda que llevaba de su mujer, exclamó la sonámbula, que la persona á quien pertenecía aquel objeto era del sexo femenino, que contaba treinta y dos años, que estaba casada en segundas nupcias con el portador, que habitaba en el pueblo de N.... que había tenido tres hijos, uno de ellos difunto, que había tenido también muchos disgustos, y que estaba amenazada de *hidropesía*.

Pero tranquilizaos, añade, felizmente puedo daros el remedio y nada teneis que temer.

Al día siguiente empieza el tratamiento, la hidropesía parece crecer bajo la influencia del maravilloso remedio; y algunos meses despues de aquella consulta, la hinchazón cede, por fin, saliendo á luz un cuarto hijo (Histórico).

De una mujer, á quien nosotros estábamos tratando, afectada de una histero-manía, creyose mas tarde estar poseída del demonio y fué á Barcelona para ver á un espiritista, quien con sus medicinas obligó al demonio á que saliera del cuerpo de la enferma bajo la forma de un animal raro. Así nos lo contó la interesada é inútil es advertir que apesar de la expulsión continuó en el mismo estado.

Los *saludadores*, de origen semi-divino, vienen predestinados desde el vientre de su madre á vivir á costa de la estupidez del prójimo. Estos gandules pasan la vida viajando por la comarca en que se entiende su fama, bien obsequiados y pagados, visitando á hombres y animales siempre que se sospeche que pueden estar atacados de hidrofobia. Ante ellos la rabia se modera, se curan las personas y los animales que no la tienen; su saliva es prodigiosa, pues les basta lamer una llaga para que también cure, y mientras no desaparece del cielo del lugar una cierta nubecilla, visible solo para ellos, siguen buscando por cuadras y alcobas seres que reconocer y curar. Estos hacen gran cosecha donde quiera que se presentan ó son llamados.

Los *hechiceros* y *embaucadores* no tienen cabida mas que en los pueblos y aldeas, es decir, donde la ignorancia presta mas culto á los sueños y supersticiones.

Cuando una enfermedad degenera en languidez se emplean toda clase de ruegos para que vayan á visitar al enfermo para que hechicen una llaga que no quiere curar ó una gordura que los médicos no aciertan á disipar.

Hay una parte de la población, la parte devota, que no quiere á ningun precio tener comercio con el demonio, y todo el mundo sabe que el diablo es compadre nato de todos los hechiceros.

Estos devotos en vez de acudir al curandero, van en procesión á una ermita, y en estas manifestaciones poéticas de la fé mas pura, existe, sin embargo, un grave abuso; el de hacer que los enfermos hagan á pié, y muchas veces descalzos, una larga peregrinación que les fatiga y compromete acaso el resto que les queda de vida.

Hasta aquí, los curanderos que como ya hemos dicho viven de su oficio; tócanos ahora hablar de los que por un sentimiento de compasión mal entendido perjudican tanto como los que acabamos de hablar.

Estos son; los *enfermos imaginarios*, verdaderos satélites de toda medicina nueva, que leen los periódicos tan solo por los anuncios de remedios secretos, y que guardan como un tesoro el folleto ó prospecto que el charlatan reparte gratis, ó que se creen poseer un talisman cuando por casualidad les viene á las manos un libro de Medicina, el que leen y meditan hoja por hoja, esperando el día que la fortuna les depare un enfermo en el que crean ver los síntomas que han leído para propinarle los remedios en el mismo indicados.

A estos, bueno sería darles á entender, que no basta un libro, ni una biblioteca de Medicina para ser Médico, como para ser un gran pintor, no basta tampoco tener una paleta, pinceles y un lienzo. Y esto que, en pintar bien ó mal un cuadro, no puede haber perjuicio de tercero, mientras que el matar á un padre con un medicamento fuera de tiempo, arruina una familia, deja sin amparo á la viuda y al huérfano y se comete una especie de asesinato.

Felizmente esta especie de curanderos, cuya cualidad principal consiste en la carencia de medios, tiene muy poca esfera de acción.

Hay por último las *señoras caritativas*. Estas suelen ser personas bien acomodadas, que viven de rentas propias y no tienen nada en que ocuparse.

Provistas de su botiquin, á la manera de los homeópatas, van repartiendo *beneficios*, á diestro y á siniestro, dando drogas que no conocen, para enfermedades que les son igualmente desconocidas, para recoger en cambio gran copia de bendiciones de los que se creen favorecidos con su amistad y su ciencia, ó para satisfacer tal vez su curiosidad, enterándose de los secretos de las familias y de cosas que ni aun el verdadero Médico intenta nunca descubrir, ni saber.

Dígase á una dama, cuya caridad comete un delito previsto por el Código, que ha hecho mas mal, que bien.

—Vamos, Doctor, dirá, mi medicina es tan dulce, un purgante, baños de piés, dos sanguijuelitas, buenos caldos....

—Pero, señora, esos purgantes, esos caldos, pueden....

—¡Ay, Dios mio! ¿A que teneis envidia? ¿Que haríais si me pagaran mis remedios y mis visitas como á vos?

Queda aun la *vecina* que presta la geringa, la *enfermera* que hace todo lo contrario de lo que se manda, y otros muchos entremetidos insignificantes, pero muy perjudiciales á la medicina práctica.

Si el médico despues de haber examinado al enfermo para el que se le llama por primera vez, pregunta: ¿que ha tomado mientras le esperaba?

—Una dirá «le hice sudar, porque creo que el sudor es lo único para los escalofríos.»